

dio para el diálogo y colaboración entre españoles, de dentro y fuera de España, que no están en distintos frentes, sino en el único frente nacional...»¹⁹.

Las Españas fueron una constante defensa de la cultura española, y en garantía de ello y del valor que tal actitud representaba salieron las firmas de Hermann Hesse, Paul Rivet, Aldous Huxley, Marcel Bataillon, Jean Cas-sou, Georges Duhamel, Waldo Frank, Jean Sarrailh, Juan Marinello, Gabriela Mistral, Silvio Zabala, Leopoldo Zea, etc. No menor aval representan las colaboraciones de autores españoles: Américo Castro, Fernando de los Ríos, Pedro Bosch Gimpera, José María Gallegos Rocafull, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Ramón J. Sender, José Bergamín, María Zambrano... O también textos de Cervantes, de Machado, de Juan de la Cruz, de Maragall, de Unamuno, de Joaquín Costa, de Rubén Darío, de Mariano José de Larra, de Rosalía de Castro y un larguísimo etcétera. Una realización de *Las Españas* que no podemos olvidar son sus «Suplementos», donde aparecieron textos como los siguientes: «En el IX aniversario de la muerte de Antonio Machado», «Las nacionalidades españolas», de Luis Carretero y Nieva, «Once Cuentos», «Por un movimiento de reconstrucción nacional» y «La laboriosidad de los españoles en su lucha por la elevación económica y cultural», de Manuel Díaz-Marta. Todo ello gracias al grupo de apoyo creado por el denominado «Amigos de *Las Españas*», de donde saldría el núcleo fundador del Ateneo Español de México, institución fundamental en la cultura española del exilio, que merecería una consideración aparte y mucho mayor de la que hasta ahora se le ha dado²⁰.

La convergencia de exilio y mestizaje

La perspectiva que hemos ganado sobre la obra de Manuel Andújar es inequívoca. Toda ella está guiada en el exilio por la necesidad de salvar unos valores, y esos valores son los de la cultura española; tarea que sólo en España —al retorno de ese largo periplo— alcanzará la debida madurez intelectual. Es necesario ahora volver a su libro sobre *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizajes* (1982), donde retoma su vieja meditación sobre lo español con nueva perspectiva y lúcida perspicacia, imposible de conseguir si no es con la serenidad y distancia que los años proporcionan. Alcanza en dicho texto plena expresión esa actitud civil a la que nos referíamos al principio y que ahora parece palmaria. La experiencia del exilio americano le hace comprender a una nueva luz el significado cultural de la República española, así como el valor de su destierro en tierras iberoamericanas. Y así lo dice: «Es nuestra guerra civil... la que confiere incom-

¹⁹ *Ibid.*, pág. 64.

²⁰ Véase de José Luis de la Loma, «El Ateneo Español de México», en *El exilio español de 1939* (Taurus, Madrid, 1976), tomo III, págs. 281-291; y también el libro *Homenaje a México. Historia contemporánea de una emigración: España 1939-México 1979*, Ateneo Español de México, México, 1983.

parable significación humanística al régimen republicano y preludia lo que será después el trastierro de mayor transcendencia y hondura. (...) La intelectualidad, en cierto modo titular de la República, a la que se incorporan estratos de relieve, índole y procedencias populares, y que cobran profundizado sentir de un repertorio de valores culturales humanísticos, pasa de ser institución vicaria a la incuestionable categoría de impulsora de un aquilatado mestizaje y de su potencial conciencia». Más adelante: «La captación de las singularidades culturales de Iberoamérica, por parte de una sociedad intelectual transterrada, apareja en otros sectores originarios de su entorno... un conocimiento empírico de los caracteres psicológicos, económicos, míticos, de unos países cuyo denominador común es el mestizaje»²¹.

A la luz examinada, exilio y mestizaje vienen a ser dos líneas convergentes, y así lo dice textualmente: «La evolución de los mestizajes latinoamericanos completa su ciclo integrador con el exilio de los mantenedores de la República»²². El pensamiento se concreta aún más enseguida: «El exilio republicano adquirió, en ese vasto trance, ponderada perspectiva de España y el saber de Hispanoamérica que únicamente la prolongada coexistencia y el interés ardiente por los problemas y sentimientos colectivos proporcionan»²³. Teoría del exilio y doctrina del mestizaje quedan así indisolublemente asociadas, aunque en la Península aún no se haya cobrado conciencia de ello. «Es un hecho histórico trascendental —dice—, del que España no ha sabido aún extraer las consecuencias pertinentes»; quizá porque los españoles estamos todavía «aprisionados por la retórica y a resultas de una visión irreal y en lejanía»²⁴. A ponerle remedio se apresura Manuel Andújar con su teoría del exilio como «puente»; particularmente fino es su análisis de la que llama generación de los «cachorros» —es decir, de los españoles que vivieron su infancia en el Nuevo Mundo, y allí se hispanoamericanizaron—. Nombres como los de Tomás Segovia, Roberto Ruiz, Enrique de Rivas, Luis Rius, José Pascual Buxó, José de la Colina, Francisca Perujo..., son bien significativos al respecto.

Y es cuando se quiere dar contenido a ese puente que califica de «la más preciosa ingeniería» —libros, talleres, amistades, hogares, hijos, costumbres, viajes...— cuando vuelve los ojos al posible papel de Andalucía como «lar introductorio» de Hispanoamérica. El seguimiento de los itinerarios del mestizaje andaluz podría ser la mejor preparación para el entendimiento de los mestizajes latinoamericanos. Así lo expresa:

Estamos seguros de que estas redes venosas del mestizaje andaluz, que de Tartessos parte, su fijación y atracción constituirían los pórticos más idóneos para una mejor comprensión de la España que sobre tan diversos pilares se asienta. (...) La nueva

²¹ Andalucía e Hispanoamérica, op. cit., págs. 25-28.

²² *Ibíd.*, pág. 30.

²³ *Ibíd.*, pág. 56.

²⁴ *Ibidem.*

«... la riada eterna donde las imágenes se
marcan y enmarcan, y las sombras desprenden
radiante hechizo.»



Manuel Andújar
(1913-1994)

Andalucía, la capaz de proyectarse hasta sus orígenes y virtualizarlos en la actualidad, tendría en esa tarea uno de sus principales cometidos autonómicos²⁵.

La exclamación final es suficientemente elocuente: «Iberoamérica y Andalucía —representativamente española— iniciarían —¡ojalá!— el proceso regenerador»²⁶.

En cualquier caso, la necesidad del contacto resulta ineludible para el inevitable encuentro de unas señas de identidad, que forzosamente han de ser comunes, y así viene a expresarlo Andújar con su peculiar estilo: «No hay latinoamericanidad fidedigna si no se ha efectuado una extensa e intensa confrontación existencial con España y en su seno... Análogo predicado —añade enseguida— para el español a cabalidad, que precisa de la inmersión y holgado desenvolvimiento en la atmósfera de Iberoamérica»²⁷.

Al terminar esta breve exposición de lo que ha sido la actitud civil de Manuel Andújar como escritor, no puedo dejar de señalar la ejemplaridad moral con que dichas ideas van refrendadas. He dejado constancia de cómo abandona la redacción de *Las Españas* —aquel proyecto en que tanta ilusión puso— cuando sigue unos derroteros con los que él no se identifica plenamente. Por otro lado, basta repasar los fragmentos de su epistolario que nos ha dejado en un bello texto titulado *Cartas son cartas* (1968) para autenticar las múltiples ideas —convertidas con frecuencia en verdaderas obsesiones— aquí expuestas. Por nuestra parte, no podemos echar en olvido un gesto que lo retrata de cuerpo entero en su humilde firmeza y su no menos firme voluntad de diálogo. Cuando él y yo pusimos manos a la obra para escribir una historia cultural del exilio —luego publicada con el título de *El exilio español de 1939*—, no dudó un momento en permanecer en un segundo plano, creyendo que así favorecía el diálogo intercomunicativo —valga la redundancia— que con su publicación pretendíamos estimular. Era la manera de cooperar que tenía más a la mano para que su obra literaria no dejase de ser conciencia, sin que tampoco su conciencia dejase de ser literatura. Manuel Andújar, hombre cabal, escritor de una pieza, donde ni el nombre ni el hombre se suplantán, pues ha sabido hallar el difícil equilibrio en que la persona humana y la rúbrica literaria se identifican y avalan recíprocamente: literatura y conciencia, en definitiva, en irreprochable simbiosis.

²⁵ *Ibid.*, pág. 90.

²⁶ *Ibid.*, pág. 100.

²⁷ *Ibid.*, pág. 96.

José Luis Abellán